

tisfacer por sus pecados y ajustar con Dios las cuentas de sus deudas, para no hallarse alcanzado en su tribunal, como se halló escrito de su mano en los propósitos que hizo.

Por esto ayunó toda aquella Cuaresma rigurosamente, enfermo como estaba, martirizó su cuerpo con viglias, cilicios de cerdas y cadenas de hierro sembradas de púas, con sangrientas disciplinas, con que se debilitó de manera que no podía tenerse en pié; y por el amor de la cruz acertó con estos rigores los días de su vida, ofreciéndose en holocausto á Dios, en el fuego de las penitencias por el martirio que siempre había deseado y pedido con tan repetidas instancias, que todos los días hacia la oracion siguiente, hincado de rodillas delante de Cristo crucificado.

Ave tignum sanctae crucis, ave crux pretiosissima, me totum tibi dedico in perpetuum in his missionibus apostolicis, et oro suppliciter, ut gratiam fundendi pro te sanguinem, quam notis ac sociis meis in Iaponia conferre dignatus es, mihi, licet omnium indignissimo, ubi vis terrarum oportuerit, largiaris.

Esta peticion presentaba todos los días con lágrimas y palabras en el tribunal de Cristo nuestro Señor. Con estas ansias vivia siempre encendido en santa envidia de los amigos y concurrentes de nuestra religion que habian padecido martirio, y traia sus cartas por registros en el breviario para refrescar su memoria y avivar más sus deseos siempre que rezaba las horas canónicas, ofreciéndolas á Dios por el mismo intento.

Pero ya que Su Divina Majestad no le concedió este martirio de sangre, le dió otro bien meritorio de enfermedades continuas que padeció muchos años, de persecuciones, murmuraciones, censuras y desprecios, falsos testimonios y afrentosas calumnias que padeció en Europa y en las Indias con admirable paciencia, por defender la verdad y hacer justicia, llevándolas con silencio y humildad, como enviadas de la mano del Altísimo.

Su humildad fué profundísima, pues nadando en honras y estimaciones de los virreyes, Arzobispos, Audiencias reales, Cabildos eclesiásticos y seglares y del Consejo Supremo de la santa y general Inquisicion, que movido por sus letras, religion y autoridad, le hizo su Comisario y Calificador en aquellos reinos; no se vió en él jamas resabio de propia estimacion, sino ántes muestras de mayor humildad y desprecio de sí mismo, cuanto más honrado se hallaba, abatiéndose á los pies de todos y ocupándose en los oficios más humildes de la casa.

De esta humildad le nacia el ansia de predicar á los indios, como gente pobre y desvalida, y la sed con que se aplicaba á doctrinar á los negros y esclavos y el gusto con que los confesaba y enseñaba el camino de su salvacion; porque siempre ardia en su pecho un fuego sagrado del celo y ansia de

la conversion de las almas, y de enarbolar por todo el mundo la bandera de Jesucristo y promulgar su Evangelio en la redondez de la tierra.

Este celo le hizo renunciar padre, y madre, y parientes, y todos los haberes del mundo; éste le desterró de su patria y le trujo á tierras tan remotas, rompiendo con los príncipes de la córte del rey que con tantas veras procuraron impedirle esta jornada.

Por este celo de caridad atravesó los mares, se entregó á los peligros, se dedicó á la conversion de los indios, vivió entre ellos, y aprendió su lengua, y padeció tantos trabajos como se ha visto.

Por éste tomó el gobierno y envió á varias partes obreros evangélicos que predicasen á los infieles y los convirtiesen á la fe de Cristo, la cual muchos firmaron con su sangre, de manera que, ya que no podemos darle título riguroso de mártir, se le podemos dar con toda verdad de padre de mártires, por haberlos enseñado, industriado y enviado á predicar á los gentiles, y esforzándolos con sus amonestaciones y cartas á padecer gloriosamente por la fe.

Este mismo celo le obligó á escribir los libros y tratados que referimos, para perseverar en ellos perpétuamente, predicando, y enseñando, y aprovechando á las almas: y, si viviendo en esta frágil vida fomentó siempre este fuego sagrado, certísimamente podemos creer, que ahora en el cielo le habrá aumentado, como se aumentan y perfeccionan las virtudes en los bienaventurados, y estará orando perpétuamente por la conversion de las almas y alcanzando de Dios auxilios y gracias especialísimas á los obreros evangélicos que se ocupan en predicarles y guiarlas á la bienaventuranza.

Al fin de la última Cuaresma del año de 1660, se le agravaron las enfermedades con las muchas penitencias que hizo, y conociendo que se acercaba su fin, recibió con mucho tiempo y devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, y retirado totalmente de todos los cuidados de este mundo, puso todo su corazon en solo Dios; y conversando con Él y con sus santos, pasó aquellos últimos días, y á 6 de mayo, en la quietud de la noche, con suma tranquilidad y sosiego, habiéndose reconciliado poco ántes, dió su espíritu al Señor que para tanta gloria suya le habia criado, siendo de sesenta y ocho años de edad, gastando los cincuenta y cuatro en la Compañía en los empleos referidos.

Luego llevaron su cuerpo de la casa de S. Pedro al colegio de la Compañía de Manila, adonde fué llorada su muerte de religiosos y seglares, como Padre universal de la patria, aclamándole por santo. Honraron todos su entierro con clamores y lágrimas, Arzobispo, Gobernador, Audiencia Real y ambos Cabildos eclesiástico y seglar, las religiones, y soldados, y todo el concurso del pueblo, y hasta los indios, negros y mestizos, le lloraron y acom-

pañaron como á padre. Pero cuanto llanto hicieron los hombres, tanta fiesta hicieron los ángeles, llevándole á recibir el premio de sus trabajos en la bienaventuranza, de que tenemos dos grandes testimonios.

El primero es, que en aquella revelación tan sabida que tuvo en Mallorca el santo H. Alonso Rodriguez, de que todos los que al presente miraba en nuestro refectorio, se habian de salvar, si perseveraban en la Compañía; uno de ellos era el P. Francisco Colin, que como perseveró hasta la muerte con tantas y tan santas obras, se tiene por cierto que fué al cielo con grande caudal de merecimientos.

El segundo es, que estando en la mision de Mindoro y deseando convertir á dos indios principales que eran caudillos de los demas, de cuya conversion dependia la de los otros, y estando muy obstinados; rogó á Dios que moviese su corazon para recibir su santa ley; y añadió (dudando de su propia salvacion, que, como dijimos, era la que siempre le dió más cuidado): «Señor, dadme estas dos almas en prendas de que me teneis predestinado.»

Esto dijo por la noche, y al amanecer, cuando abrió la puerta de la casa, los halló esperando; entraron y se postraron á sus pies, pidiéndole que los hiciese cristianos. Aquí faltan palabras para declarar el gozo y alegría que tuvo el siervo de Dios con este duplicado favor del cielo, dándole por una parte las dos almas que tanto deseaba, y en ellas y con ellas el golpe de todas las de la isla, que como ovejas á su manso los siguieron y se bautizaron; y por otra parte prendas tan evidentes de su salvacion y de tenerle Dios escrito en el catálogo de sus escogidos.

No se hartaba de darle gracias por tan grandes beneficios, y sin duda fué este el mayor y más festivo día que tuvo en todos los de su vida, por el cual dió por bien empleados cuantos trabajos habia pasado y le quedaban por pasar, porque margaritas tan preciosas, como son la propia salvacion y las de las almas de nuestros prójimos, hacen olvidar en los que las procuran, cuantos trabajos son imaginables y se pueden pasar en esta vida.

Alabemos en este su siervo á la divina Majestad que tantas mercedes le hizo; gocémonos de su gloria y de su eterna felicidad, y pidámosle que nos dé su gracia para seguir sus pisadas y copiar sus virtudes en nuestras almas, y llegar en su compañía á gozar de su felicidad. Su vida escribió el P. Rafael de Bonafe, Provincial de la provincia de Filipinas, de la cual se ha copiado lo que aquí se ha referido, para comun edificacion de todos y gloria de Dios nuestro Señor, que sea alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amen.

P. ANDRADE.

P. JUAN BAUTISTA DE LARRAURI

NACIÓ este siervo de Dios en la ciudad de Logroño, el año de mil y seiscientos y treinta y uno, por el mes de abril, cuando los árboles se visten de hermosura y los campos se bordan de flores, como significando que habia de ser una fragante y hermosa clavellina, teñida con la sangre de su martirio, que diese suavísimo olor de santidad y nuevo resplandor de belleza y hermosura en los campos de la Iglesia.

Sus padres fueron nobles, hidalgos de solar conocido de Vizcaya en la jurisdiccion de Bilbao. El nombre de su padre fué Jerónimo de Larrauri, que sustentaba su familia beneficiando su caudal con trato honrado: fué hombre de gran verdad y honrada correspondencia, con que fué mayor el crédito que tenia que el caudal que manejaba.

Su madre se llamó Bernardina Antonia de Corella, de tan calificada virtud, que mereció el renombre de santa en toda la ciudad. Comulgaba tres veces cada semana, ejercitábase en obras de caridad, de oracion y penitencia; y ambos fueron tan ejemplares, que merecieron tener un hijo santo.

Pusiéronle el nombre de Juan Bautista, no sin misterio y disposicion divina, para que conviniere el nombre con el oficio y ministerio para que Dios le habia criado, que fué predicar su santa palabra en los desiertos de las islas Filipinas, convertir, y bautizar, y traer á Dios muchas almas, y últimamente, como S. Juan Bautista, dar gloriosamente la vida por la verdad que predicaba.

Y fué cosa digna de notar, que desde la cuna le destinó su madre para la Compañía de Jesus; porque, con instinto del cielo, le vistió de nuestro traje, manteo, sotana, bonete y cingulo de paño, como le traemos de ordinario.

Con este hábito iba á la escuela, y venia á las doctrinas, y preguntaba y respondia en las plazas con tal gracia y destreza, que á todos aficionaba. Llevábase los mejores premios, y todos á una voz decian que le criaba Dios para santo, y no se engañaban, como lo declaró la experiencia.

Cegó su madre seis años ántes de morir, y su hijo la servia de ojos para leerla en libros espirituales, para llevarla y traerla á nuestra iglesia á los divinos oficios y á los santos Sacramentos que, como dije, frecuentaba.

Fué rara la conformidad con la voluntad divina que tuvo en su trabajo, dándole gracias por él, como don de su divina mano, con que aumentó su